

SER MAESTRO A LO JESÚS

(Palabras de Antonio Pérez Esclarín al recibir el Premio Jesús Maestro otorgado por la CIEC)

Agradezco muy sinceramente a los directivos y miembros de la CIEC por este premio, que me otorga una honra que ciertamente no merezco y me exige un compromiso que no estoy seguro de saber asumir con la necesaria responsabilidad y dignidad. Llevo más de treinta años sembrado con Fe y Alegría en las raíces del pueblo latinoamericano, trabajando siempre en la formación de educadores populares, aprendiendo con ellos a ser maestro. Entiendo que este premio, más que a mi persona, pertenece a los numerosos educadores de Fe y Alegría a quienes lo dedico y con quienes quiero compartirlo.

La educación de calidad que tantos añoran y persiguen necesita, más que otra cosa, educadores de calidad, es decir, MAESTROS. Tenemos muchos licenciados, profesores y hasta magisters, pero escasean cada vez más los maestros: hombres y mujeres que encarnen estilos de vida, ideales, modos de realización humana. Personas orgullosas y felices de ser maestros, que asumen su profesión como una tarea humanizadora, vivificante, como un proceso de desinstalación y de ruptura con las prácticas rutinarias. Que buscan la formación permanente ya no para acaparar títulos, credenciales y diplomas, sino para servir mejor a los alumnos.

Maestros que ayudan a buscar conocimientos sin imponerlos, que guían las mentes sin moldearlas, que facilitan una relación progresiva con la verdad y viven su tarea como una aventura humanizadora en colaboración con otros. Maestros comprometidos en revitalizar la sociedad, empeñados en superar mediante la educación la actual crisis de civilización que estamos sufriendo, capaces de reflexionar y de aprender permanentemente de su hacer pedagógico, y que se responsabilizan por los resultados de su trabajo. Maestros preparados y dispuestos a liderar los cambios necesarios, que se esfuerzan cada día por ser mejores, y por mejorar la educación y la sociedad.

Maestros que se conciben y asumen como educadores de humanidad, no ya de una materia o un grado, sino de un proyecto, de unos valores, de una forma de ser y de sentir. Ser maestro, educador, es algo más sublime, complejo e importante que enseñar matemáticas, lectoescritura, inglés, computación o electricidad. Educar es alumbrar personas autónomas, libres y solidarias, dar la mano, ofrecer los ojos para que los alumnos se puedan mirar en ellos y verse importantes y bellos y así puedan mirar la realidad sin miedo. El quehacer del maestro es misión y no simplemente profesión. Implica no sólo dedicar horas, sino dedicar alma. Exige no sólo ocupación, sino vocación. El maestro está dispuesto no sólo a dar clases, a dar tiempo, sino a darse.

La educación implica una tarea de liberación y de responsabilización. El maestro tiene una irrenunciable misión de partero de la personalidad y del espíritu. Es alguien que entiende y asume la trascendencia de su misión, consciente de que no se agota con impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas, a enseñar a vivir con autenticidad, con sentido y con proyecto, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas.

En esta larga tarea de aprender a ser maestro, Jesús, el maestro de maestros, ha guiado mis pasos y alimentado mis esperanzas y mis búsquedas. El enseñaba con la palabra y con la vida asomándonos a la Buena Noticia de un Dios Padre-Madre que nos ama entrañablemente e invitándonos a alcanzar la plenitud humana en el servicio feliz y desinteresado a los demás, especialmente a los más débiles y pequeños. El recibir hoy el premio “Jesús Maestro” me compromete a seguirle con más radicalidad e intentar ser maestro a lo Jesús.

Este Congreso ha abordado el tema de la familia. Si comencé mis palabras diciendo que llevo más de treinta años aprendiendo a ser maestro, debo decir ahora que llevo veinticinco años aprendiendo a ser esposo y veintitrés años aprendiendo a ser padre.

La plenitud humana sólo es posible en el encuentro. Uno se constituye en persona como ser de relaciones. Toda auténtica vida humana es vida con los otros, es convivencia. La persona humana es imposible e impensable sin el otro. Lo propio del ser humano, lo que nos define como personas es la capacidad de amar, es decir, de relacionarnos con otros buscando su bien, su felicidad. Lo que nos deshumaniza es vivir y morir sin amor. Detrás de cada tirano, cada asesino, cada malhechor, hay un déficit profundo de amor o una mala comprensión del amor.

Nuestra actual cultura que privilegia el tener sobre el ser y alimenta las ansias de posesión, nos está volviendo incapaces de amar. Confundimos el amor con su opuesto, el egoísmo, con la necesidad inmadura de seducir para comprobarnos que nos quieren. Amar a una persona es darse para que encuentre su libertad y su felicidad. Es ayudarle a alcanzar su plenitud. El amor supone donación, salida de sí, búsqueda del otro, entrega.

La búsqueda del otro, la realización en el amor, encuentra una de sus concreciones esenciales en la relación de pareja. El matrimonio es un caminar juntos, construir con el otro un proyecto en común. Amar es reconocer que se ha hallado una persona con la que se plantea la posibilidad de iniciar para siempre un camino al encuentro del otro, para así encontrarse a sí mismo. Camino de donación y entrega que plenifica. De ahí la necesidad de educar para el amor, para la vida en pareja. El noviazgo tiene que ser un tiempo para conocerse en profundidad, para ver si coinciden los valores y las metas y si hay sintonía en los proyectos. Muchos confunden el amor con la mera atracción física y, después de casarse, empiezan a comprender que están conviviendo con un desconocido.

Cuando uno se enamora, irrumpe otra vida en la vida de uno, otro corazón empieza a latir en el propio corazón. La persona entera busca la totalidad del otro, su alma, su corazón, su cuerpo. Por ello, el amor de pareja es un amor sexuado, que en el poema de los cuerpos enlazados, celebra la ternura y la entrega. De ahí la importancia de educar para una sexualidad sana y responsable, integrada al amor. Sobre todo en estos tiempos de erotismo sin alma, de mercantilización de la sexualidad y reducción del amor a la mera genitalidad. Es necesario aprender a asumir la sexualidad como expresión y fuente de creatividad, de fecundidad y de vinculación comunitaria. Para ello, hay que unir eros y ágape, que vive intensamente como don y como regalo recibido, una sexualidad que es encuentro gozoso de los cuerpos y diálogo profundo de los corazones. Esto supone un abrirse permanente a la

ternura, al descubrimiento del otro, al cuidado del propio cuerpo para poder ser una ofrenda más agradable al compañero, el construir la vida sobre los pequeños detalles de la cotidianidad, el estar atento a los deseos y comprender los cansancios, la lucha permanente contra la rutina, el agradecimiento de una vida que se renueva en la entrega, la aventura diaria de reconstruir el amor.

El amor matrimonial debe ser juego y fuego, detalle y pasión. Hogar tiene las mismas raíces que hoguera, y el fuego, si no se alimenta continuamente, muere, se apaga, se convierte en cenizas. El amor es como el agua: sólo cuando está en movimiento, canta y da vida. Si la detenemos, se pudre y mueren sus canciones.

Educar para el matrimonio es educar también para la fidelidad. Y esto hay que afirmarlo con fuerza en estos tiempos de absoluto relativismo, en que parecen imposibles y no son bien vistos, los compromisos definitivos. Uno no puede acudir al matrimonio con cartas marcadas o “a ver qué pasa”. El matrimonio es una apuesta radical que sólo se hace si se está decidido a arriesgar el 100% por el otro, pase lo que pase. Quien siembra fidelidad, cosecha alegría.

Quiero decir unas últimas palabras, antes de terminar, de mi proceso de aprender a ser padre. Cada día estoy más y más convencido de que no basta engendrar o parir para ser sin más padre o madre. Uno se hace padre o madre por las relaciones de amor que es capaz de anudar con sus hijos. Hay, por ello, que emprender, con coraje y determinación, el lento proceso de llegar a ser padre o madre, esforzándose por vivir de tal modo que los hijos puedan asomarse en ellos a la bondad infinita de Dios. La mejor herencia que uno puede dejar a los hijos es el recuerdo de unos padres unidos y felices, unos padres que se esforzaron cada día por aprender a ser cada vez mejores esposos y mejores padres. Para llegar a ser padres, debemos distinguir entre el acto genital de la procreación y el acto de paternidad y maternidad, que es de naturaleza relacional, relación con el hijo, una relación que tiene su origen en la mutua relación de los padres, no en el acto físico de la procreación como tal, sino en la relación amorosa. Los genitores tenemos que convertirnos en padre y madre, aprender a llegar a serlo, a medida que anudemos con el hijo unas relaciones de amor, de libertad, de palabra, de testimonio, unas relaciones que exigirán de nosotros, para empezar, la renuncia a apropiarnos y a poseer al hijo como un objeto que nosotros hubiéramos fabricado.

Agradezco una vez más este premio y pido sus oraciones para ser capaz de llevarlo con humildad y con dignidad.

Santiago de Chile, 13 de Enero de 2004.